

Porque tuvimos amores,
oro, y orgullo á la vez;
y aspiramos los olores
de mil matizadas flores,
que ajamos con altivez.

Y gozamos, y sedientos
de placeres y riquezas,
nos finjimos opulentos;
y, burlando á las bellezas,
las dimos, por paz, tormentos.

Y fama y gloria mentimos;
nos sirvieron, y servimos:
al poderoso adulamos;
y engañamos y vendimos
á los que amigos llamamos.

El interés nos juró
indisoluble amistad,
y tambien nos engañó,
esclamando en su impiedad:—
”¡Sucumbid: antes soy yo!”—

Ambicionamos laureles,
y en ridícula comparsa,
ya de amos, ya de donceles,
hicimos varios papeles,
de la corte en la gran farsa.

Y cuando el título oimos
de “padre” nos deleitamos;
y á los hijos que tuvimos
tan pésimo ejemplo dimos,
que á ser malos obligamos. . . .

Entre sombras á lo lejos
vemos ya el mundo; y llorosos
recordamos los consejos,
que nos dieron sabios viejos,
y esquivamos orgullosos.

Sueño nuestra juventud,
sueño nuestra vida fué;
y hoy que espiramos, al pié
postrados del ataud:—

”velad”— nos grita la fe.

Y velamos; y los ojos,
secos de tanto llorar,
no cesan de contemplar
nuestros míseros despojos
que va la tumba á tragar.

Mil fantasmas en reedor
de nosotros vagar vemos
que nos llenan de pavor;
y á su aspecto aterrador
temblamos, desfallecemos. . . .

Y á padecer condenados,
ni hablar nos place ya oír
de nuestros triunfos pasados:
caducos ya y estenuados,
solo nos resta morir.



PELAYO.

SONETO.

Armado de valor, brillante acero
desnudo en la potente airada diestra,
el gran Pelayo intrépido se muestra,
entre pocos valientes, el primero.

Ardiendo en ira santa contra el fiero
Munuza, á cuya vista horror demuestra,
corto número de ínclitos adiestra,
y á batallar convócale altanero.

Rompe, deshace, rinde entre la armada
chusma vil, que oponerse en vano mira
de su invencible espada al golpe fuerte.

Huye la turba infiel amedrentada;
de Pelayo á los piés Munuza espira,
y la Iberia se salva con su muerte.



A LA MEMORIA
DE MI HERMANA LUZ.

SONETO.

Rubio sol, blanca luna, raudo viento;
árboles, prados, fuentes, y hondos rios,
que de los ya pasados gustos mios
testigos fuistes, y hoy de mi tormento;

¿Adónde está mi Luz? ¿dó mi contento,
por quien quise el calor, amé los frios,
la hermosa primavera y los estios,
y hermané con la dicha el sentimiento?

¿Adónde está? decid. . . ¿Dó está mi gloria? . . .
Mi hogar abandonó ¡desventurado!
por la morada eterna y escondida. . .

Dejóme triste en lágrimas bañado;
y al volar de esta vida transitoria,
profunda grabó en mi alma eterna herida?



A LA ESPERANZA.

¡Oh mil veces loada,
y bendecida con ardor mil veces,
dulce esperanza mia,
único alivio en mi desgracia impía!
De imaginados bienes circundada,
tú me has visto apurar firme y tranquilo,
el cáliz del dolor hasta las heces;
cuando sin patria, errante, en vano al Cielo,
sordo como los hombres á mi duelo,
humildemente demandé un asilo.

Entonces invocaba
tu nombre idolatrado; y compasiva,
desde la escelsa altura
donde reinar te veo, la amargura

tú de mi pecho triste
ahuyentaste risueña,
del pensamiento dueña,
¡ay! que por tí inspirado,
felicidad suprema me auguraba.
Gozarla yo creí ¡desventurado!
con ciega fe de un ánima sencilla.
¡Oh y cuánto me engañaba!
que en el suelo no mora
esa felicidad que el hombre implora;
y que tras ella va desalentado,
sin que logre alcanzalla;
pues cuando sueña asilla,
sombbras solo, y pavesas y humo halla.

Entonces seductora
te veia brillar siempre de léjos,
como puro diamante hermoso brilla
del rubicundo sol á los reflejos.
Mas luego te miraba
entre nieblas opaca y espirante,
como el sol que se oculta en occidente
para ostentar, mas bello y radiante,
su claridad despues en el oriente.
Y brillabas de nuevo; y luminosa
mostrábaste á mi mente,
que en delirio feliz, en tí tan solo
fija quedaba, y de ventura ansiosa;
como inmoble el iman apunta al polo.

Hoy, esperanza mia, que han volado
seis lustros de mi vida, y que la suerte
me oprime cada vez mas iracunda;
que débil, infeliz, desorientado,
sin placeres, ni amor, temo perderte;
que, de ilusiones libre, ante la muerte
doblando voy el cuello á su coyunda,
y que, de tedio el corazon henchido,
no espero recobrar la dulce calma
que en la edad juvenil perdió mi alma;
más distante de mí triste te veo,

tu brillo aun no estinguido;
y aun desde allá me adulas, medianera
entre la indiferencia y el deseo.

Si entonces me halagaste
como ahora me halagas,
¿por qué tan mal del pecho, que inundaste
de mágica ilusion, los ayes pagas?
¡Ay! ¿los sentidos ayes, exhalados
por tu causa, y de tí siempre esquivados?
Que nunca un solo bien, de cuantos pudo
forjar mi fantasía acalorada,
disfrutar conseguí, ¡ni uno tan solo!
Pues los bienes ansiados
que concibe la mente fascinada,
fantasmas son, que mudo,
cuando enfermo delira,
por la rejion del viento
solo vagar los mira
soñando el pensamiento.

¿Qué importa que las penas
endulces del cautivo
si jime al férreo son de las cadenas,
que á la cerviz le atara
déspota incompasivo
cuando mas fuerte que él le esclavizara?
Si nunca recobrar logra viviendo
la dulce paz que le usurpó el tirano,
y si le martiriza, escarneciendo
la miseria á que el hado le redujo;
¿qué importa que en su cuita le ilumines,
ni que con fuerte, irresistible influjo,
y con vanas promesas le alucines?
Si cual bestia á los piés del inhumano
se envilece, ¿qué importa
que en su pecho derrames
bálsamo delicioso
que al decaido espíritu conforta,
ni que su mente con tu luz inflames?
¿Qué importa que le hicieras

creer que alcanzaría
la libertad con que nació, si al cabo,
presa el alma infeliz de angustias fieras,
sin auxilio en la tierra, muere esclavo?

¡Ay! si los bienes, que alcanzar ansía
de tí el mortal, son bruma
que deshace del aura el soplo leve;
si es la felicidad una quimera;
triste la vida y breve;
si al corazon cuitado el duelo abrumba;
si las dichas que espera,
de ventura ganosa el alma mia,
gozar no me concedes;
y avara, cada dia
mas de mí las alejas;
¿por qué desde la cumbre
desde do radia el sol la escelsa lumbre,
¡ay! sobre mí reflejas
esa felicidad tan suspirada,
si gozarla en el mundo nunca dejas;
y si al ir ácia ella iluso, veo
que de improviso se convierte en nada?

Eres para el deseo
lo que el agua al rabioso
que á ella se arroja ansioso,
y la alcanza, y la toca;
mas al llevarla el mísero á la boca,
se estremece; y le huye, y no consigue
que la sed devorante le mitigue.
O bien como el espejo
engañosa, do el niño
de encantador aliño,
su imájen ve perplejo;
mas que al ir ¡inocente!
sonriyendo á tocarla con la mano,
observa que su intento ha sido vano;
porque el cristal le veda,
su imájen retratándole fielmente,
que asirla, cual creyó, seguro pueda.

El velo así, que encubre
la eternidad, impide
que á tí se acerque el infeliz humano;
y lucir entre sombras te descubre,
y con los ojos anhelantes mide
el espacio sin límite, que el Cielo
opuso entre los hombres y la ansiada
felicidad, origen de su anhelo.
Y de ilusiones libre, con profundo
respeto:—"¡Allí está!"—dice.—
"Vedla cuál resplandece, acompañada
de la virtud suprema, en la morada
del Soberano Artífice del mundo."—
Pero ¡ay! aunque engañosa
te burles de mi afán; aunque infelice
esperando, mi anhelo se eternice,
para mí nunca espíres, ni consientas,
dulce esperanza mía,
que el tiempo asolador jamás te borre
de mi flaca y ya estéril fantasía.
Desciende piadosa
á calmar mi martirio. Acorre, corre
á el alma que te implora en la agonía,
y el néctar celestial, refrigerante,
vierte en ella sin fin, con que sustentas
al deseo, y alientas
el ánimo abatido en la amargura.
Sé para mí, esperanza,
el iris de ventura
que hermoso me circunde radiante.
¡Ay! deja que te mire,
que en tu seno respire,
que en delirio feliz, en tu alabanza
himnos entone alegre; y que triunfante
resista á los rigores de la suerte.
Y no me niegues, no, tu bendecida
protección, hasta el trance en que mi vida
se consuma en los brazos de la muerte.

(Veracruz, 1843.)

ANIVERSARIO

DEL JENERAL DON DIEGO LEON.

SONETO.

Allí el héroe reposa que á la España
dió lauro, y alta prez, é inmarcesible
victoria, reblandiendo la invencible
lanza, que cada bote fué una hazaña.

No pereció lidiando en la campaña,
ni contra otro adalid en lucha horrible. . . .
Mas indefenso, ¡atrocidad punible!
víctima fué de la ambición y saña.

Sus verdugos. . . ¡cobardes! . . . con odiosa
sed de sangre, y rencor, y calma interna,
inmolan al que temen enemigo. . . .

Él, al volar á Dios su alma virtuosa,
legó al mundo su nombre y fama eterna:
ellos, . . . ¡la execración llevan consigo!



LA NOCHE SERENA.

Mortal, la vista torna
del mundo vil al Cielo esplendoroso,
y mira cuál se adorna
de brillo luminoso,
de luceros en número copioso.

Mira como la estrella
de Venus sobresale en hermosura,
venciendo su centella
tanta lumbrera pura,
que hacen desaparecer la noche oscura.

Las lúcidas cabrillas
¡cómo allá se descubren primorosas!

¡Oh cuántas maravillas
lucen! Allí las osas
de bañarse en el mar siempre medrosas. . . .

¡Oh mortal! Si la vista
absorto de mirar belleza tanta,
que el alma no contrista,
que seduce y encanta,
en torno jiras de la mole santa;

Observarás pasmado
elevarse en mitad del horizonte,
de nubes mil formado,
un alto, aéreo monte,
donde tal vez ni el águila remonte.

De púrpura teñido,
de azul y gualda y amatista bella
en torno circuido,
hasta el Cielo descuella
su frente, vírjen de la humana huella.

Más que el nácar brillante,
y nítida muy mas que pura nieve,
sobre el monte, distante
de su cima, se mueve
cándida nubecilla en curso leve.

¡Ah cómo se alborozaba
mi alma, si en derredor la vista avara
tiendo! ¡Cómo se goza
de ver, con majia rara
á la luna brillar hermosa y clara!

¡Ay cómo de su rayo
pálidamente bello, absorto veo,
heridos de soslayo,
ostentar nuevo arreo
á los árboles, dándome recreo!—

Do quier que atentamente
los ojos fijas en la sacra esfera,
contemplará tu mente,
de gloria verdadera
mil prodijios que Dios gozar nos diera.

Y despues atristado

por no habitar la cumbre diamantina,
suspiro dilatado
lanzarás, la divina
mansion loando do Jehová domina.

Unico bien del justo;
único galardón que eterno dura;
donde reinan el gusto
é inefable ventura;
do nada se apetece ni procura.

Y esclamarás:—“¡Viviera
allá donde el Artífice piadoso
sobre reyes impera;
y el mundo estrepitoso
abandonára ledó y venturoso!”

“¡Ay! Entonces veria
su augusta faz, de gloria circundada;
oyera la armonia
en el suelo ignorada
que resuena en la bóveda sagrada.”

“Huyera los mortales
víctimas de los vicios; y humillado
á los piés inmortales
del Rey de lo creado,
asi le rogaria atribulado.”

“Perdon, perdon implora,
oh Dios, postrado en tu presencia, un siervo
tuyo, que triste llora
del orbe el mal acerbo,
donde el vicio, Señor, rije protervo.”

“Liberta al mundo triste
de ese mal corruptor que le consterna,
por los que redimiste
de cárcel sempiterna
y sublimaste á tu morada eterna.”

„Y el perdon concedido,
y siendo ya dichoso el orbe entero,
y de virtud henchido
estando, al suelo ibero
feliz contemplaria y placentero.”

„Viérale y esclamara:—
¡gloria sin fin al Dios de las alturas,
que piadoso otorgara
á España mil venturas,
que ya de hoy mas disfrutará seguras.”

„Mi labio reverente
al Justo de Sion ensalzaria
entre el coro esplendente
de ángeles, y á porfia
mi cántico á los suyos uniria.”—

Yo así con relijioso
acento esclamo, que al ambiente suena,
siempre que el Cielo hermoso
de una noche serena
contemplo, que mi espíritu enajena.



EL COLOSO DEL SIGLO.

SONETO

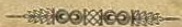
CON CONSONANTES FORZADOS.

Nada me importa tu mayor *hazaña*,
ni que propicio te amparase el *Cielo*
cuando entre sangre, destruccion y *hielo*
tu mayor enemigo fué tu *saña*.

Ya la que el ronco mar continuo *baña*
isla, ó mas bien sepulcro de tu *celo*,
de tus proyectos y ambicioso *anhelo*,
en tí ha vengado á la injuriada *España*.

El eco de tu voz ya no *retumba*,
ni apenas al nombrarte el buen *soldado*,
tu fortuna recuerda necia y *loca*.

¡Fortuna justa al fin! pues ni una *tumba*
te concedió en tu patria, *abandonado*
dejándote podrir en una *roca*.



LA MEDIANIA.

Rasga la noche el manto tenebroso
con que el mundo encubriera,
lanzando desde el Cielo esplendoroso
su fúljida lumbrera.

Las bulliciosas tiernas avecillas
por reina la proclaman
del alba luz, y en plácidas cuadrillas
al viento se derraman.

Torna en sí la natura del desmayo
en que yaciera triste;
y de flores, que baña el ígneo rayo,
el campo en torno viste.

Acullá la azucena nacarada,
afrenta de la nieve,
con el soplo del céfiro animada
su frentecilla mueve.

Allí rompe el clavel su broche blando:
acá la purpurina
rosa su faz, el aire embalsamando,
descubre peregrina.

Sobre menudas conchas de colores
serpea allí una fuente,
retratando del sol los resplandores
su linfa trasparente.

Con gran deleite aquí Pero ¡oh sagrada
precursora del día!
¡Oh cuánto con tu luz idolatrada
se goza el alma mía!

¡Salve, cándida aurora! Tú del bueno
eres delicia suma;
mas al que yace de virtud ajeno
tu presencia le abruma.

A tu dulce llegada, el pastorcillo,
el pecho entusiasmado,
mil himnos á Jehová, de amor sencillo,
entona alborozado.

Al par se goza de su fiel amante,
y alegremente canta;
é impresa ostenta en su feliz semblante
la virtud sacrosanta.

Nada el alma le aflige; ni apetece
de ricos potentados
el oro, que si bien los engrandece,
los carga de cuidados.

Solo gusta en grosera mediania
vivir de pena exento:
nada turba su calma y alegría;
nada le da tormento.

¡Oh llaneza por siempre deleitosa!
¿quién hay que te aborrezca?
¡Oh vida cortesana, estrepitosa!
¿y habrá quien te apetezca?



INSTABILIDAD

DE LAS COSAS MUNDANAS.

Velado el sol en ráfagas de lumbre
se ostenta soberano;
y baña con su luz la escelsa cumbre,
la tierra y oceano.

Siempre grande y sublime, hermoso y puro,
señor del firmamento,
ilumina á la par el rejio muro
de alcázar opulento,

Que de cabaña humilde el pobre techo:
su rayo luminoso
concede igual al fuerte y satisfecho,
que al hambriento y medroso.

Las de los altos pinos verdes hojas,
enjutas, animadas,
susurrando se ensanchan verdi-rojas,
de su lumbre bañadas.

Dentro tal vez sensible filomena
se escucha, que aflijida
publica en ayes mil su inmensa pena,
solo de ella sabida.

La tórtola feliz junto á su esposo
entre un ramal espeso,
tierna le da, y recibe el amoroso
nunca esquivado beso.

El choto jugueton por la ancha vega
ora vese triscando;
ora un momento párase y sosiega,
y mira al sol balando.

El colibrí precioso en curso lento
sobre las flores vaga,
sin ver una entre tantas que el sediento
gusto le satisfaga.

Todo es calma y placer. Por donde quiera
que revuelvo la vista
mil prodijios descubro. Nada altera
mi paz, ni me contrista.

Mas ¡todo es deleznable en este mundo!
Su carrera esplendente
raudo termina el sol, y moribundo
se oculta en occidente.

Y en pos de tanto gozo y brillo tanto
la muda noche vuelve
que, desplegando el tenebroso manto,
al universo envuelve.



EL CONSEJO.

Del sol el rayo fúljido
en el inmenso mar ya reverbera,
el orbe iluminando
con nueva brillantéz.
No en abandono mísero

dejes volar tu hermosa primavera:
no tus cuitas llorando
te asalte la vejez.

Considera que Atlántida
sepulta yace bajo el mar potente;
que solo de Numancia
el nombre existe ya.

Que entre el mundano estrépito
nada verás que dure eternamente:
del tiempo á la inconstancia
todo sujeto está.

Que cual torrente rápido
vuelca sin fin la rueda presurosa,
devorando en un día
lo que en mil años fué.
Alienta ya, y solícito
procura recobrar la paz dichosa,
ó de tu pena impía
víctima te verá.

Las horas que benéfico
nos tiene decretadas el Destino
no en duelo las pasemos,
cercados de temor.
Si de la vida el término
velozmente se acerca, no en contino
desplacer, alberguemos
en el pecho el dolor.

De tu envidiada cítara
vuelva á sonar el delicioso canto;
y olvida los rigores
de Emilia y su esquivéz.
Su ingratitud sin límite
impávido desprecia: enjuga el llanto:
desde hoy con disfavores
castiga su altivez.

Torna ya en tí, y despréciala:
detesta ya su nombre, que maldigo,
y su infausta memoria
olvida, y su deslíz.

Y placenteros cánticos
de amistad entonando, dulce amigo,
émulo de la gloria,
conmigo sé feliz.



MEDITACION.

No descurras el velo tenebroso,
ni des paso á la luz del nuevo día,
¡oh noche! en que se goza el alma mía,
mientras descansan en feliz reposo
los hombres, treguas dando á su agonía.

Tu lobreguez ¡oh noche! llena el alma
de pavor religioso. Aquí la mente
se dilata, del Ser Omnipotente
las obras admirando en dulce calma:
¡calma dichosa al mísero doliente!

En santa paz yaced, tristes mortales;
gozad durmiendo el celestial consuelo,
que no hallareis á vuestros fieros males
si despertais á ver la luz del Cielo
Venturosos dormid, todos iguales.

Mil y mil grandes que en la tierra han sido
cual dioses por los pueblos acatados,
¿qué son? ¿en dónde están? Se han reducido
á polvo infecto, que hoy desatentados
hollamos con orgullo desmedido.

¿Dónde están las magníficas ciudades
que admiración de los antiguos fueron?
¿Dónde los Alejandro? ¿Qué se hicieron
las apuestas, las célicas deidades?
¡Todos, ay, en la nada ya se undieron!

Años de pura inocencia,
en que dichoso viví,
y ángel en la tierra fuí,
¿qué os hicisteis? ¡Ay dolor!

pasásteis como la esencia
que exhala al viento la flor.

¿Dónde las tiernas caricias
de mi madre idolatrada?

¿Los besos que estasiada
sellaba en mi tierna faz?

¿Dónde las castas delicias
que á su lado gocé en paz?

Volaron ya de mi infancia
los venturosos momentos:
volaron ya mis contentos:
voló mi felicidad;
y del tiempo la inconstancia
me undió en la fatalidad.

Mientras mis ojos no vieron
con la luz de la razon,
todo fué grata ilusion,
todo inocencia y placer:
pero ¡ay! . . . mis dichas murieron
al punto que supe ver.

En este mundo mísero, afanoso,
preñado de fantasmas y de horrores,
donde á traves de matizadas flores
crece y se nutre el áspid ponzoñoso,
¿qué esperamos?—Misericias y dolores.—

En donde con el bien en pugna eterna,
árbitro es siempre el mal de nuestra vida,
por los vicios horribles carcomida,
y condenada á lucha sempiterna,
¿qué aguardamos?—Desmanes sin medida.—

En donde por caprichos de fortuna,
el pechero se eleva á la opulencia,
á la par que descende á la indijencia,
el rico, á quien meció dorada cuna,
¿qué nos espera?—Horror, maledicencia.—

Descansad y dormid, flacos mortales,
y soñad en reposo mil venturas,
que sueños son las dichas terrenales:

tan solo realidad son nuestros males,
nuestras graves miserias y amarguras.

¡Quién lograra dormir eternamente! . . .

¡Feliz del que dejó la transitoria
vida; y aun mas feliz del inocente
que se halle al despertar lleno de gloria
en la mansion del Ser Omnipotente!



A CADIZ.

Jamás, ciudad hermosa, del pensamiento mio
se apartará tu imájen; y Dios permita, sí,
que despreciado, errante, sin luz, sin albedrio
jimiendo, paz no tenga si te olvidare á tí.

Que al recordar, oh Cádiz, tu cielo trasparente,
tu delicioso clima, tu lujo y esplendor;
las damas que en tu seno del Ser Omnipotente
querubes son, creados para infundir amor.

Al recordar las dichas que en tu regazo amante
gocé, de paz cercado, de aromas y placer;
tus joyas, tus palacios, tu sol vivificante,
tu perfumada atmósfera, tu etéreo rosicler:

Al recordar las gracias de la sin par hermosa
que á sus piés con imperio triunfante me aherrojó;
su voz, sus ojos negros, de purpurina rosa
sus labios, cuya esencia mi espíritu inundó:

Tu plaza sin segunda, tu torre de Tavira,
tu Pópulo y murallas, tu inmensa catedral;
mi corazon transido por tí sola suspira,
y te bendice, oh Cádiz, mi corazon leal. . .

Mas los que te consagro suspiros ¡ay! de duelo,
sañudo los ahoga silbando el Aquilon,
y los absorbe el Ponto, deshechos como el hielo
que rauda al mar despónase en compasado son.—

De tu adorado seno lanzárame en mal hora
la adversa suerte mia, que me persigue asaz;

y desde entonces, Cádiz, del alma que te llora
como la bruma huyeron la calma y el solaz.

Corrí despues la España. De todas sus ciudades
la prez, las maravillas que guardan, admiré;
pero ¡ay! que entre sus bellas, á tí y á tus beldades
por consolarme en vano mil veces invoqué.

Cuanto es de mas hermoso; quanto en su seno encierra
de grande, de sublime la villa de Madrid;
ni las enhiestas lanzas, que rayos de la guerra
al árabe aterraron, despues y antes del Cid:

Ni de éste la colada (*), su cofre y armadura;
ni el Pardo, la Moncloa, la Granja, el Escorial,
la Estancia de los reyes, sin par en hermosura,
ni la que llora el moro Toledo la imperial:

Su catedral, y alcázar; ni la de Burgos bella;
Granada, ni su Alhambra, sus baños, y Albaycin;
ni el sitio recatado, do con infausta estrella
don Alvaro de Luna tuvo execrable fin:

San Sebastian, Bilbao; la que en justicia llaman
nuevo Paris, de Iberia ciudad de clara prez,
la rica Barcelona, cuyos hijos se inflaman
de patria al nombre augusto con ínclita altivez:

La que en Jijon descuella, pésia á su acerbo sino,
entre edificios bellos, joya del noble astur,
cátedra soberana, que el célebre Jovino
alzó cuando la muerte le hirió con su segur:

Los recuerdos gloriosos, que en su fatal desmayo
ofrece hoy entre ruinas Asturias con desden;
la escelsa Covadonga, los restos de Pelayo
que en urna sacrosanta junto al altar se ven:

La que es de España orgullo, que al mar naves sin cuento
legó, y Apostolado, Galicia la fiel,
de la virtud albergue, de honor y de ardimiento,
do al júbilo no turba la rebelion cruel;

¡Ay! nada, hermosa Cadiz, de la memoria mia
ni un punto te apartaron; y al Cielo plegue, sí,
que despreciado, errante, sin luz, en la agonía

(*) Así llamaban à su espada, que era objeto de veneracion.

jimiendo, paz no tenga cuando te olvide á tí.

¡Olvidarte? No temas. Primero me olvidara
del que mis horas cuenta resplandeciente sol,
y del título egrejo que la fortuna avara
no puede, no, usurparme de acérrimo español.

Y aun dudo, hermosa Cadiz, del orbe emperadora,
si muerto allá en la tumba tu nombre olvidaré,
y si el amor profundo se extinguirá, que ahora
conservo á tu memoria con invariable fe.

Pero si allí se olvida. . . . ¡ay mísero! te juro,
ciudad encantadora, de Sílfides mansion,
no olvidarte viviendo, pues que tu nombre, puro
desque te ví, lo alberga mi amante corazón.



A MI AMIGO

DON MARTIN ELIZALDE.

Vuelve á los patrios lares,
abstraído del mundo, el pensamiento
y los goces recuerda de tu infancia.
¡Cuán libre de peligros y de azares
viste pasar las horas de contento
de halagos circundado y de fragancia!
Feliz en la ignorancia
al aspecto del vicio sonreías:
la virtud retratábase en tu frente,
pura como el ambiente
que aspira el alma en apacibles dias.
De la austera razon los ojos ciegos,
en tu niñez gozaste mil delicias,
abrumado de besos y caricias,
y distraído en inocentes juegos.
Juegos ¡ay! que pasaron como el humo
cuando á la luz el corazón abriste,
y la del Cielo beneficio sumo
dulce inocencia, por tu mal perdiste.